meterse por las espesuras, siguiendo nuestra infantería el alcance, y matando indios sin tasa. Mandó Fernando Cortés tocar a recoger. Halló sesenta heridos y ninguno muerto. Volvióse al pueblo haciendo cuenta que quedaban muertos este día (que fue lunes antes del santo de este mismo año) más de mil indios, y dio gracias a Dios por tal victoria, en que Fernando Cortés siempre fue muy cuidadoso, porque fue dotado de las tres cosas que se requieren en la guerra, que son: consejo, determinación y eficacia u presteza, por la vivacidad de su ánimo y promptitud de su ingenio con que prevenía y proveía las cosas necesarias que había menester para sus empresas; con lo cual y con el ejemplo que daba a sus soldados, en los trabajos y peligros, los tenía muy rendidos y sujetos y hechos a grande promptitud y obediencia que es lo más esencial de la guerra.

CAPÍTULO XII. *Que visita a Cortés el cacique de Tabasco y se hace amigo de los indios, y se da la razón por qué causa tomaron las armas contra los nuestros y se hicieron guerra, y que celebró allí el domingo de ramos y se parte de ellos dejándolos hechos amigos*

ASADA ESTA BATALLA que fue tan sangrienta y peligrosa, descansó Cortés con su gente allí dos días, en los cuales se entendió en curar los heridos y rehacerse de algunas cosas que le faltaba. Pasado este tiempo, pareció a Fernando Cortés enviar a decir al cacique que cesase la contienda y que hubiese paz y que de la pasada él tenía la culpa y que le pesaba de ello, y que si quería ser amigo, que no se trataría más de ofenderle y que en lo que tan pocos habían hecho contra tantos podría conocer lo que podría esperar si la guerra pasaba adelante. Viéndose los indios tan disipados y el estrago que en ellos se había hecho, todos fueron de parecer, que pues aquellos hombres eran tan fuertes y traían tan terribles armas y sobre todo aquellos animales que tanto corrían y alcanzaban y los acabarían de asolar, que se hicese paz con ellos. Envió luego el cacique ciertas personas ancianas a tratarla. Recibiólos Cortés muy humanamente, pidiéronle licencia para enterrar los muertos y para irle a visitar. Cortés con alegre rostro dijo, que se holgaba de que hubiesen venido en conocimiento de su error y que también holgaría de asentar con ellos una buena paz y amistad; y para más persuadirlos les presentó muchas cosillas de los rescates de Castilla y en su presencia mandó soltar a todos los presos en la batalla y curar los que estaban heridos. Con esta respuesta el cacique con todos los principales se acabaron de resolver y vistiéndose a su modo ricamente muy acompañado fue a visitar a Fernando Cortés llevando mucha cantidad de vitualla. Iba el cacique entre dos de los más principales y la demás gente algo atrás y poniendo primero el presente delante de Fernando Cortés, en el cual había hasta cuatrocientos pesos de oro en joyas

y no más, porque en aquella tierra no lo tienen, llegó el cacique, a quien aguardaba Cortés sentado en una silla. Levantóse y abrazóle y a todos los principales con él, y luego un indio haciendo gran comedimiento se puso al un lado, entre el cacique y Cortés, y Aguilar se puso de la otra parte y haciendo el cacique gran reverencia a Cortés se volvió al indio diciendo todo lo que se le ofrecía para que lo dijese a Aguilar, porque era costumbre entre ellos (como en otra parte decimos), que cuando el señor con quien hablan no entiende la lengua, poner un criado que hablase con el intérprete y esta autoridad guardaban.

Dijo que él y aquellos señores que con él venían se le ofrecían humildemente por sus criados y que de lo pasado les pesaba mucho y que de ahí adelante les servirían en todo; y que en reconocimiento de esto le llevaban aquel presente y que toda la tierra estaría a su servicio y le obedecería. Holgóse Cortés con oír esto, volvióle a abrazar, hízoles grandes caricias, dioles grandes rescates con que los indios se aseguraron y recibieron grande contentamiento. Acabadas estas razones y oyendo aquellos señores relinchar los caballos que estaban en el patio, preguntaron que ¿qué habían los tecuanes? (que quiere decir animales fieros y despedazadores o comedores). Dijo Cortés que estaban enojados porque no los habían castigado gravemente, pues se habían atrevido a hacer guerra a los cristianos (porque se vea la simplicidad en que estos naturales entonces estaban y con cuán desiguales armas peleaban). Mandaron luego traer muchas mantas donde se echasen los caballos y gallinas que comiesen para aplacarlos y no se hartaban de mirarlos, aunque no osaban llegarse cerca de ellos; y hablando con ellos (como si los entendieran) decíanles que los perdonasen y que no estuviesen enojados que ya siempre serían amigos de los cristianos. Preguntóles Cortés ¿por qué causa se habían habido con él de aquella manera, habiendo tratado tan humanamente a otros que por allí habían pasado? Dijeron que los otros fueron pocos y se habían contentado con lo que les quisieron dar y pasaron de largo; y que habiendo visto ahora tantos navíos y tanta gente temieron que les venían a tomar su tierra y sus haciendas, y que teniéndose ellos por hombres esforzados, entre todos sus vecinos y que a nadie reconocían señorío, les había parecido grande cobardía siendo tantos y tan pocos los castellanos, no matarlos. Dijeron que los tiros y las terribles heridas de las espadas los habían mucho espantado, y los caballos eran tan bravos y tan ligeros que les parecía que con la boca los querían tragar, y que volaban pues los alcanzaban por más que ellos corrían. Preguntáronles si se cogía mucho de aquel oro por aquella tierra. Respondieron que no, sino en otras partes, señalando lejos con las manos. Comenzó Cortés, mediante la lengua de Aguilar, a darles a entender la ceguedad en que vivían adorando ídolos y declarando algunas cosas de la fe católica y doctrina cristiana y haciéndoles saber que era capitán del más poderoso rey del mundo a quien convenía que obedeciesen; y en sustancia todo lo que contenía el requerimiento que estaba por el rey católico mandado hacer a los indios. A todo lo cual el cacique y todos los que con él estaban tuvieron mucha atención, y en acabando respondieron el contenta-

miento que habían recibido de oír tan buenas cosas y las grandezas de tan gran príncipe como el que ellos obedecían, al cual también holgarían de obedecer; y de entender más de propósito lo que tocaba a la ley que los cristianos guardaban; y con esto se despidieron y enviaron bastimentos y veinte esclavas para hacer el pan con sus piedras en que muelen el maíz (que llaman metates), las cuales repartió Fernando Cortés por los capitanes y personas principales, y cupo aquella Marina (de quien adelante diremos) a Alonso Hernández Portocarrero.

Y pareciendo a Fernando Cortés que tenía pacífico lo que tocaba a Tabasco, pensó en proseguir su viaje; pero porque el siguiente día era domingo de Ramos, determinó hacer una solemne procesión, por honra de la fiesta, para la cual convidó a los indios principales, y como son tan amigos de novedades acudieron de buena gana, ricamente aderezados, con gran muchedumbre de pueblo, mujeres y niños. Hízose la procesión, llevando todos ramos en las manos, con la mayor pompa y devoción que se pudo; y esta solemnidad miraron y consideraron los indios con gran atención, y algunos dijeron, que el Dios de los cristianos era el todo poderoso; pues gentes de tanto esfuerzo, con tanta autoridad y reverencia le veneraban, porque había voces razonables y música muy concertada que causaba a los indios admiración; demás de que las trompetas y atabales y las cajas de guerra les daban qué mirar, tocándose cada instrumento en su lugar y tiempo. Acabada la solemnidad, teniendo Cortés el ramo en la mano, dijo a aquellos señores, que ya sabían que se iba, y que pues quedaban tan bien dispuestos para recibir la fe católica, para aprovecharse del bien que de ella, para salvación de sus almas, se les había de seguir, que estuviesen firmes en tan buen propósito, porque brevemente les enviaría quien más en particular se la declarase y enseñase. Y en cuanto a la obediencia del rey (pues era el mayor del mundo) entendiesen, que contra todos los defendería y ampararía, de que en lo temporal les había de venir gran beneficio, porque los mantendría siempre en paz y en justicia; y abrazándolos a todos, se despidió y embarcó, y con gran salva de artillería y mucha alegría se hizo a la vela; supo antes de embarcarse que Julianillo (el indio que traía) había aconsejado a los indios que de día y de noche hiciesen guerra a Cortés y sus compañeros, y pidiéndolo Cortés, respondieron: que como su consejo les había sido tan dañoso, lo quisieron prender y que se les había ido de las manos, y después se entendió que lo habían sacrificado.